

CUENTOS Y REALIDADES, ESTAMPAS - 1

DE LO QUE HAY Y PASA POR ALLÍ - BEZAS

Nº 17



JULIÁN SÁNCHEZ VILLALBA

Cuentos y realidades, estampas - 1. De lo que hay y pasa por allí - Bezas.

Queda expresamente prohibida la copia total o parcial de este trabajo, sea cual sea el medio o procedimiento, si se carece de autorización por escrito del autor, que deberá llevar firma de su puño y letra.

Fotografía de portada: *Rincón típico de Bezas, fachadas restauradas por los dueños. Urge restaurar la torre, recuperar el tejado de colores; que funcione el reloj y marque las horas; restaurar las campanas y evitar que se caigan.*
Foto: Julián Sánchez V. 2004.

© Julián Sánchez Villalba

© Fotografías: El autor

IMPRESO EN ESPAÑA - Julio 2012

Mi amigo el Ardacho

Un cuento de la vida real

A mi hermano

Era grande y encantador, de un verde luminoso limpiísimo. Con su cota de malla que le cubría su blanca panza, levemente teñida de amarillo, recias y ágiles patas y su rabo larguísimo y afilado.

Tenía su humilde casa debajo de un canto rodado, que apenas le daba cobijo, que las más de las veces le quedaba su rabo fuera.

Pienso si no sería, cuando aburrido de su solitario deambular por la puerta, por los limitados espacios de sus dominios, que a la vez compartíamos, a mi espera, sin que sus pícaros ojillos me delatasen, y cansado ya, se metía a su morada quedando de tal guisa, como testimonio de su presencia, exponiendo solo su parte más vulnerable, a la vez su mejor arma defensiva, con la que tantas veces, a lo mejor, salvara su vida, mientras dormía sus largas siestas.



Lagarto común

Que el bueno y juguetón del Bartolo llegaría sin falta, cada seis o siete días y a veces antes, y a veces después, siempre que por allí pasara. Y allí pasaría un día o dos, enteros, sin que apenas le hiciese otra cosa que olisquearle. Y una vez se pasó un poco, en una graciosa mueca que ya los chuchos suelen hacer desde pequeños; torció su hocico bigotudo, desnudó y enseñó sus afilados dientes de cachorro, quiso cogerle el rabo a mi ardacho, que quedaba fuera y se le fue detrás y quedó al instante en el suelo haciendo desesperadamente culebretas, ante la mirada y el gran susto de Bartolo, que lo miró atento hasta que quedó inerte.

Y así, de tal guisa, el ardacho quedaría raboto por larga temporada, y a Bartolo, que se hizo mayor, le fue entrando algo la formalidad y los tres pudimos convivir como buenos vecinos una vez a la semana, o antes o también después, que las necesidades del trabajo mandaban y aquel era el mejor lugar para dejar el hato.

Fue un largo año de ocho meses de trabajo y paciente el ardacho aguardó allí, siempre a la espera de mi visita, siempre solo, que jamás le vi acompañado, buscando el sol en la incipiente primavera, cuando nos conocimos; huyendo de la escarcha y rancia nieve del tardío nevero y cuando se entreabre la ventana del otoño, que ya antes había pasado por sus buenas siestas a la sombra del cálido verano; que después buscaría el pobre, lugar mejor donde pasar el frío y hasta es muy posible que dejase la lúgubre umbría por la más alegre solana, que todo allí está cercano.

Creo que mi amigo el ardacho, con su sutileza heredada de gran reptil antediluviano, supo enseguida que yo no le engañaba, que le dedicaba mi atención con respeto, le ofrecía mi cariño, mi admiración. Y a mis siseos para llamarle, que no encontré nombre para él, creo que me respondía, que ladeaba su cabecita graciosamente y daba brinquitos adelante, hacia atrás y de lado, en su primitiva danza encantadora. Sí, creo que él así me respondía.

Corría veloz en busca de cada miguita de pan que le tiraba, que luego engullía con graciosa glotonería, una y otra vez, sacando su finísima

lengua, relamiéndose de gusto, que era una auténtica y pura delicia contemplar, y que era como pedirme más.

Y cuando Bartolo y yo echábamos la obligada siesta, que allí no podía faltar, advertido y el suspicaz ardacho de que así el peligro sería menor, bajaba en impetuosa carrera la cuesta de su casa y recorría con minuciosidad nuestras estancias particulares, allí donde se consumaban mis necesarias acciones para soportar aquella vida y aquel trabajo, donde migajas de pan y otros manjares no le faltaban y agua abundante para saciar su sed.

Impresionantes saltos, velocísimas carreras, vi dar a mi amigo el ardacho, yendo en pos de un grueso moscardón o succulento abejorro, que buscaban la penumbra de su morada curiosos; ya detrás de una inocente y bella mariposa, que con frecuencia terminaba entre sus feroces mandíbulas, gráciles a la vez que devoradoras inmisericordes.

Contemplé ratos y ratos aquellas siestas de mi amigo el ardacho, cuando el tempero húmedo y frío, sobre una piedra arenisca cálida y receptiva, despachurrado y glotón, como queriendo que ni un solo átomo del calorcillo se perdiera. O a la sombra de su mismo pedrusco, cuando el tórrido verano, al pie mismo de la mansión donde residía.

* * *

Y mi amigo el ardacho y yo nos contemplábamos mutuamente y algo nos decíamos con los ojos y los gestos, y siempre vigilados de cerca por el bueno de Bartolo, cada vez un poco mayor y mejor perro. Y creo que llegábamos a comprendernos, y aquel año los tres disfrutábamos al compartir nuestro pan y nuestra amistad, el inmenso tesoro que encontramos en tan humildes moradas.

Cuando el verano ya bien caduco dio paso al inestable y romántico clima otoñal, cuando los árboles pierden ya sus hojas caducas un año más, con resignación y recogimiento melancólicos, y al ardacho ya le había crecido el rabo, ahora convertido en romo muñón amoratado, tomé

yo también morada por última vez en aquel hato y noté que mi amigo el ardacho apenas salía ya de su cobijo, como un tanto receloso. Y las migas de pan tenía que llevárselas a la misma puerta de su madriguera, donde él permanecía ahora siempre dando la cara al exterior, triste, un tanto aletargado, frío. Y cuando al ir nuevamente a olisquearlo Bartolo, como en ritual de despedida, recibió el pobre un terrible mordisco que le hizo dar una gran pirueta entre ladridos lastimeros de dolor.

* * *

A lo largo del tiempo he llegado a pensar si todo aquello no fue un sueño. Pero la realidad es que yo pasé por allí ocho largos meses de aquel año, ví siempre al ardacho al que alimentaba y merece la pena que ahora lo recuerde como mi amigo el ardacho.

Junio 1989

Loas para mi pueblo

Érase una vez, de esto hace pocos años, un pueblecito, pequeño, tan pequeño como encantador, donde vivía mucha gente. Hombres y mujeres, casi todos iguales, curtidos por el rudo trabajo cotidiano, que a menudo tantos sinsabores les causaba, porque apenas les daba para vivir, tan corto era el pago; pero gracias al cual vivían y hasta estuvieron a punto de ser felices, dentro de aquella humildad. Con sus hijos que eran muchos y siempre rodeados de tantos animales domésticos y de cabaña, con quienes cambiaban mutuamente sus alimentos y se ayudaban con su trabajo, que vivían entre ellos casi en promiscuidad y a los que profesaban un singular afecto.

En aquellos tiempos, que tan lejanos parecen ya y que tan frescos están en la memoria, todos, personas y animales, estaban obligados a quererse mucho, porque allí nadie podía vivir solo o de espaldas al otro. Con alegría a veces, a duras penas otras, resignados siempre todos, personas y animales, aportaban con su particular esfuerzo y con el esfuerzo conjunto cuando era necesario, algo bueno al patrimonio común.

Y de esta manera, en aquel pueblo tan pequeño y encantador, se ayudaban y aprendieron a salir adelante en tan durísima existencia y lograron hacer un pueblo casi grande.

* * *

Sabían en aquel pueblo, que ayudándose unos a otros el esfuerzo tocaba a menos, las penas se soportaban mejor. Y de esta manera lograban olvidar muchas rencillas, chismes y hasta viejas querellas quedaron atrás. Liberando las mentes de lo malo, de lo bueno llegaba más. Sabía ingenuidad de aquellas gentes humildes, que aprendieron así a hacer más llevadera su existencia, serenando ambiciones, consolándose en el llanto, compartiendo la alegría. Y así, y a pesar de todo, el buen hacer de aquellas gentes de aquel pueblo, consiguieron que en él la vida cada vez fuese un poco mejor para ellos y como legado a la posteridad. Y dotaron al pueblo aquel de muchas cosas útiles y bonitas, porque se dieron cuenta de que todo les era necesario. Y por sus calles surgieron fuentesillas, árboles, jardincillos, que dieron belleza a aquel pueblo pequeño. Con los pocos medios que tenían, pero con el esfuerzo unido, aquellas gentes aprendieron a cuidar su pueblo, que para ellos llegó a ser esplendoroso, donde la vida bullía a borbotones. Trabajo y pan no les faltaban, y buenos deseos también. Y en su encantadora ingenuidad llegaron a hacer promesas futuras. Mas poco después, con demasiada rapidez y aunque las gentes de aquel pueblo se resistían a creerlo, antes de que llegasen promesas futuras, hizo presa de ellos la realidad estúpida y cruel, descubriendo lo efímero de sus sueños, de los logros tan penosamente conseguidos, la futilidad de los mismos. Y los ojos de aquellas gentes de aquel pueblo bonito se tornaron tristes y en ellos se percibía la perplejidad. Se negaron a contemplar lo que tenían con el mismo cariño, no llegaron a comprender lo que ocurría y comenzaron a mirar fijamente hacia otros sitios. Perdieron amores por aquel pueblo, ya no les parecía tan bonito; se volvieron algo más egoístas, hasta un poco cobardes y ya apenas se ayudaban. Y así fue como, cuando mayor parecía la pujanza de aquel pueblo, que con orgullo de sus gentes había resistido los duros embates de la vida, llegó la destemplanza colectiva y luego hasta cerril, que ya creían desaparecida. Hizo presa en las



Rincón típico de Bezas, casa de la familia antes de restaurarla; año 1974. Julián Sánchez.



El mismo rincón, elevados tejados y restauradas fachadas: año 2000. Julián Sánchez.

gentes que allí vivían, que avivaron mentes ajenas, y todos comenzaron a huir, como alma que lleva el diablo, como huyendo de la peor de las pestes. Abrieron desmesuradamente los ojos, por donde se introdujo la vida real cargada de maravillas y espejismos, señuelos placenteros que condujeron a las gentes todas de aquel pueblo, a la diáspora errante por quién sabe qué mundos y tierras tan dispares, donde tuvieron que aprender otra vez a ganar el pan, a estrechar nuevas manos, a rumiar recuerdos de aquel pueblo que tanto les dio y a donde tantos no retornarán.

Y así quedó diezmado aquel pueblo, que jamás ha dejado de ser bello.

* * *

Pueblo añorante siempre de ese cercano pasado, del que ya casi ni se acuerda, hoy se mira recatado en su belleza, ya más humilde, que la vida le enseñó a serlo.

Piensa con tristeza aquel pueblo que no hizo tanto mal para merecerlo, que la vida no le ha juzgado con justeza y no comprende bien su destino final.

Y no es extraño no, que de vez en cuando este pueblo se ruborice, se alegre, a su faz llegue la gran felicidad, cuando sus gentes, aquellas que ya no retornarán, vuelven de vez en cuando a robarle algo de su silencio y de su paz y a que le hablen de recuerdos viejos y añoranzas nuevas, sinfonía sugerente de tantas cosas que atrás quedaron ya.

* * *

Y se me ocurre a mí pensar, si es que todo tenía que ser así y aquel pueblo remoto y humilde en su origen, a medias protagonista de su pujanza y de su caída, no habrá encontrado acomodo, forzoso, eso sí, en esta su nueva forma de vida y sabe que cada vez verá, también así, como el cariño de los suyos, que aún queda, de hoy y de entonces, tendidos por quien sabe qué lugares, alargan sus brazos y sus raíces vigorosas, para nutrirse al fin, siquiera un poco, de tanta paz como allí dejaron...

Marzo de 1990

Triste realidad de tantos pueblos a los que se empujó a seguir por diversos caminos. Ahora, pasados tantos años, no es nada fácil se decidan a emprender el retorno; muchos allí ya no tienen nada de lo que dejaron.



Invitados a una boda familiar en Bezas, año 1975. Foto J. Sánchez

Dos cajetillas de tabaco

Un cuento de la vida real

*Para mi padre, con un cariñoso
y emocionado recuerdo*

La verdad es que podía haber hecho esa menor necesidad fisiológica en la posada, de donde momentos antes había salido, con su hijo, hacia la cercana estación, que se acercaba ya la hora en que debía coger el tren para Valencia a visitar a la familia.

Mal, muy mal había estado aquello. Así se lo dijo el sereno cuando le llamó la atención, y se lo dijeron después en casa muchas veces a lo

largo de mucho tiempo. Pero el buen hombre nunca lograba convencer cuando daba las explicaciones del porqué lo había hecho. Pero con el tiempo, la verdad es que el caso fue también explotado jocosamente, dándole carácter entre imperiosa necesidad, que bien mirado lo fue, por cómo sucedió y en qué circunstancias, y un tanto gracioso; porque al correr del tiempo, analizando con una mayor serenidad, la que da la condición de ciudadanos ya maduros, superada la escala simplemente animal que en alguna fase de la vida se suele tener, pues hasta produjo el caso una mezcla de tristeza y risa en cierto modo reconfortante. Y es que el caso en sí no era para menos.

Eran unos tiempos en que el rubor, la vergüenza y hasta el mismo sentido de culpabilidad en muchas cosas, por íntimas e insignificantes que fuesen, le invadían a uno y costaba mucho superar esas situaciones. Costaba esfuerzo el simple hecho de dar a entender que también eras débil, sensible, que se tenían defectillos, aunque no fuesen más que necesidades propias y comunes a todos, que acostumbrabas a remediar en la propia intimidad. Y luego estaba la ignorancia, el retraso social, la incultura, el retraso permanente en que se vivía. Y como telón de fondo, el recuerdo cercanísimo de una contienda que nos deformó a todos. Una auténtica calamidad.

Así fue y en tales condiciones, que los hombres en aquel entonces se tenían que mover de un lado para otro y cambiar súbitamente de situaciones como buenamente podían, actuando muchas veces al socaire de acontecimientos desagradables que salían al paso, empleando todo tipo de argucias o sutilezas, en cuyas redes ellos mismos caían con tanta frecuencia.

Ellos no sabían más, su entorno les absorbía y simplemente se dejaban llevar, sin casi capacidad de reacción ante circunstancias nuevas que se les presentaban. Y así eran con frecuencia víctima por inducción de las situaciones y entornos ajenos a la cotidianeidad de cada día.

* * *

El dichoso tren aquel pasaba por Teruel a las tantas de la madrugada y aunque había otro por el día, también pasaba a mala hora, de modo que era preciso coger este de la madrugada, que llegaba a Valencia a buena hora; porque luego había que coger otro en otra estación hasta el destino final. En Teruel siempre ha sido así.

Llegaron del pueblo a Teruel por la tarde-noche y se metieron en aquella posada tan conocida, donde tan bien atendían a los del pueblo, que creo no les cobraban nada, porque lo más que hacían era meterse ellos y sus bultos, sentarse en el salón y estar un poco abobados mirando constantemente al reloj de pared, que andaba tan despacio, deseando que las manecillas llegaran a la hora marcada para bajar a la estación.

Y claro, en semejantes condiciones de alojamiento que a tan poco daban derecho, el hombre y su hijo, seguro que ni tuvieron valor de preguntar por el servicio, les dio vergüenza, para hacer aquella pequeña y tan importante necesidad. Se aguantaron como pudieron, porque sabían que el tren tenía unos servicios, y también había en la estación, y eran de todos.

Aguantaron bien. Pero tan pronto salieron de la posada, nada más llegar al Ovalo, el hombre ya no podía más, y como a aquellas horas de la noche fría y lúgubre de invierno no se veía a nadie por allí, se le ocurrió arrimarse al hueco de un grueso árbol para intentar dar solución a su necesidad. Y lo hizo con mucho miedo y vergüenza, y con la recriminación del hijo que le censuró la acción y por no haberlo hecho en la posada si tanta necesidad tenía. Mas no había ya remedio.

Y hete aquí, que de la penumbra de un portal apareció la sombra grande, enorme y fantasmal, de un sereno, embutido en un grueso capotón que le cubría de pies a cabeza.

Al hombre se le cortó la respiración y también lo otro, porque él jamás se había visto en semejante situación y ante una autoridad, y rápidamente pensó, qué me va a pasar ahora...

A la vez que aquella sombra se le acercaba, retumbó en todo el Ovalo su ronca voz increpándole la acción.

—¡Eh... usted..., cochino!, ¿qué demonios hace ahí...?

Al hombre se le vino el cielo encima, se le antojó que todo el Ovalo estaba lleno de gente que le miraba, que le hacían momos, le lanzaban reproches y se le reían.

—A ver..., qué hace, hombre de Dios. ¿Dónde se cree usted que está? A dónde van ustedes..., a ver, se expliquen. ¿Y qué llevan en esas maletas? —todo sin darse un respiro.

El fantasmón encendió la colilla que llevaba en la comisura de los labios y lanzó un escupitajo al hueco del árbol.

—Pues mire usted, llevamos unas cosas del pueblo para la familia de Valencia, unas frioleras, poca cosa, y ropas para mudarnos, y unas cajetillas de tabaco también, sabe usted, que en casa no fumamos y son de la cartilla del racionamiento, para la familia de Valencia, que sí fuman.

Al sereno se le iluminaron los ojos, se le ensancharon las fosas nasales, al oír que llevaban tabaco y no pudo resistir.

—A ver a ver. Que eso es contrabando, estraperlo, no se puede llevar encima de esa forma y así por las buenas. Tendré que llevármelos a comisaría, por cochinos y por estraperlistas.

En los oídos del hombre aquel sonó como un mazazo la maldita palabra de comisaría y pensó en los males que le esperaban. Ya no podría coger el tren para Valencia, que estaba a punto de llegar. Y luego aquella vergüenza y deshonra. Qué dirían de él en el pueblo. Aquello era una tragedia. Qué impotencia sentía...

Todo fue muy rápido y mientras de esa forma pensaba, le vino a la memoria, como tabla de salvación, el tabaco que llevaba celosamente en la maleta. Y el sereno fumaba, así que le dijo.

—Mire usted, yo no lo quería hacer, pero tuve necesidad. Y ahora llegará el tren a la estación y no podremos cogerlo, y en Valencia nos esperan, y la familia, y qué dirán. Mire usted señor sereno, el tabaco es mío y yo se lo daré, pero no nos lleve a la comisaría, no somos estraperlistas.

El sereno se rascó el cogote, puso cara de circunstancias, se tocó la barbilla y por fin exclamó.

—No sé, no sé, esto me puede comprometer, ¡hala! deme pues un par de cajetillas de ese tabaco y dense prisa si quieren llegar a tiempo de coger el tren, que está a punto de llegar.

Y desapareció calle Nueva arriba, veloz como un fantasma, como había llegado. Y hasta pareció oírse tras él una ronca y sarcástica carcajada, como la que dejan los fantasmas tras la huída.

* * *

Vete tú a saber a qué aquellarre iría a contar su aventura, mientras el hombre aquel y su hijo corrieron como el viento. Escalinata abajo dando trompicones, porque ya el tren anunciaba su entrada a la estación con su pitido alborotador, temerosos de que algún otro mal pudiera venirles antes de subirse a él.

Luego, un silencio y mutua vergüenza se apoderó de estos dos hombres. Hasta que el sueño les venció.

Cuando despertó, el hombre aquel, pensó si habría sido un sueño. Pero no, todo había sido real.

Moraleja: De donde se deduce que, el callarnos ciertas cosas por vergüenza, suele conducir a riesgos y vergüenzas mayores.

Junio de 1993

Los Invasores

Un cuento de la vida real

En un pueblecito había un humilde campesino, que tenía una pequeña plantación de un rico producto, que cultivado con mucho esfuerzo y amor le ayudaba a ir tirando en su existencia.

Porque aunque la cosecha era corta siempre, algo ayudaba a la economía familiar.

A lo largo de los años siempre tuvo que compartir la cosecha con aquellos ratoncillos de toda la vida, de rabo fino y cimbreante, hocico puntiagudo y sonrosado, adornado con un bigotillo de tres pelos a cada lado, ojillos limpios de pícaro, piel suave y aterciopelada y orejillas pequeñas y enhiestas.

Estos ratoncillos, un poco miedosos, se las veían y se las deseaban a la hora de llevarse un mal bocado a sus finos diente-cillos; pero no odiaban al campesino, es que les costaba mucho burlar sus trampas.

Porque el campesino aquel tenía cepos y usaba otras artes aprendidas de su padre, que infundían terror a los ratoncillos, que tampoco podían refugiarse en sus cubaleras, que el amo les daba humo y tenían que salir corriendo.

De vez en cuando se producía alguna baja y los pobrecillos ratones tenían que establecer sus guaridas en los ribazos, como un tanto arrepentidos, y tenían que comer raíces amargas y algún escarabajillo que se les cruzaba en el camino; porque llegaban a pensar que era mejor que luchar con el amo de la finca.

Hasta que nuevas generaciones, más osadas y sin el recuerdo del miedo, volvían a invadir la plantación, y vuelta otra vez a empezar. Pero nada, todo pecatas minutas.

Era una lucha por la subsistencia, a la que el amo y sus ratones ya estaban acostumbrados; cada uno tomaba del otro un poco, y así habían

convivido durante toda la vida; y las risas, y los llantos, y las abundancias y las miserias se sucedían, sin que nadie más mediara, qué sabía era la naturaleza de la cual dependían...



* * *

Pero sin saber de cierto cómo sucedió, dicen que llegó a la plantación una pandilla de mercenarios ratones, dispuestos a terminar con toda la plantación y a arruinar al dueño, ante la debilidad de aquellos cobardicas de ratones establecidos allí de siempre, a cambio de tomarse un mísero tributo; y comenzaron a arrasar todo lo que se les ponía por delante, la cosecha y a los mismos ratoncillos que se resistían a huir.

El dueño del campo, un tanto amoscado, retomó la justicia con mayores energías. Faltaría más, él que había logrado expulsar del campo a los otros ratones tantas veces, a los que ya casi tenía cariño y todo, no estaba dispuesto a tolerar semejante atropello. Eso no pensaba tolerarlo.

* * *

El caso es, que el pobre agricultor, que se las daba de gran conservador de la naturaleza y sus animalillos, porque de todo ello tomaba un poco para comer; que había tenido buen cuidado para mantener el equilibrio, “como ahora vienen diciendo”, –que más de un trozo de trigo dejó sin segar, hasta que la codorniz se llevó sus polluelos, y más de un surco interrumpió para no hundir con la reja una conejera con gazapillos, y más de un tirón de orejas dio a la perra cuando le llevó entre sus dientes a una indefensa perdigana– este pobre y buen agricultor, precursor de todos los cuidadores de la naturaleza, se vio

sorprendido por esos mismos “cuidadores de la naturaleza, o protectores del medio ambiente”, que él no entendía mucho de esas cosas, –y él cree que les llaman así– cuando había capturado un determinado número de aquellos voraces y dañinos ratones, viles invasores de un campo que ya tenía sus dueños, que fue antes de su abuelo y después de su padre.

Y cuentan las gentes de aquel lugar, que al humilde campesino que tanto había cuidado de aquella pequeña parcela, le impusieron una desproporcionada sanción económica, con advertencia de que no volviese a molestar lo más mínimo a aquellos feos ratones de rabo desproporcionado y torpe, mala cara y peor genio, bigotachos de corsario, mal pelaje y orejas grandes y feas. Y así terminaron arruinando la plantación y a los conocidos y viejos ratoncillos, que ahora malviven como pueden. Ya no se ocultan del amo de la plantación con el que siempre habían vivido, sino de la crueldad de esos nuevos inquilinos.

* * *

El pobre campesino, cansado de luchar de toda la vida, ahora impotente y triste por todo lo que le han hecho, abandonado que hubo la plantación, que se comieron esos feos ratones, contempla con tristeza y amargura, como las malas hierbas invaden el campo.

El ya lo ha dado todo por perdido y no volverá a poner en cultivo la finca. Sobre la misma, y como en una maldición, solo crecerán ya los productos de una disparatada y torpe manía de querer cambiar el propio ciclo de vida.

Moraleja: De fuera vendrán que hacia fuera nos echarán.

Febrero de 1.999



Novillada en la plaza de toros de Bezas. Fotos J. Sánchez Villalba, 1978

